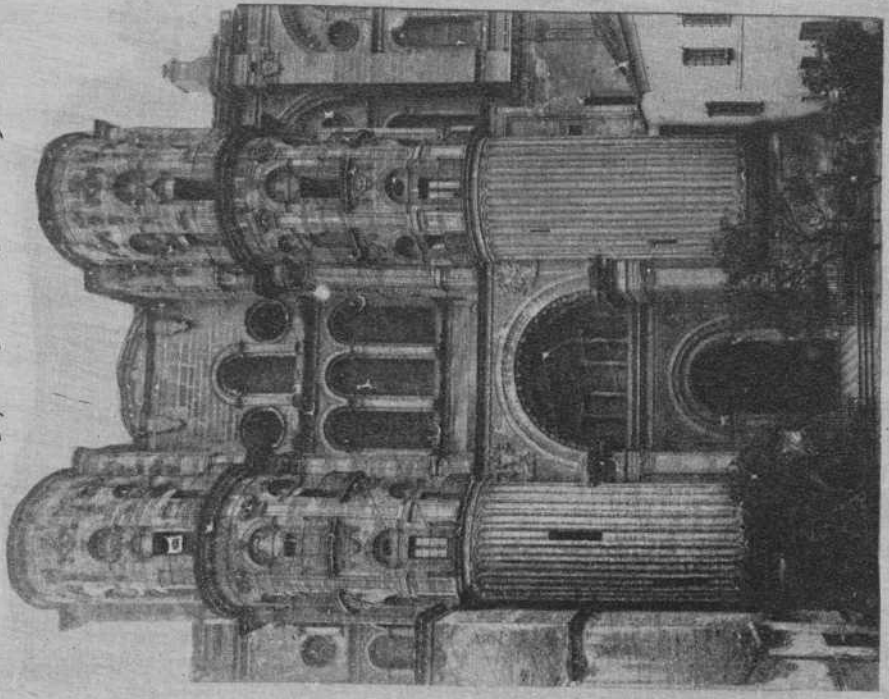
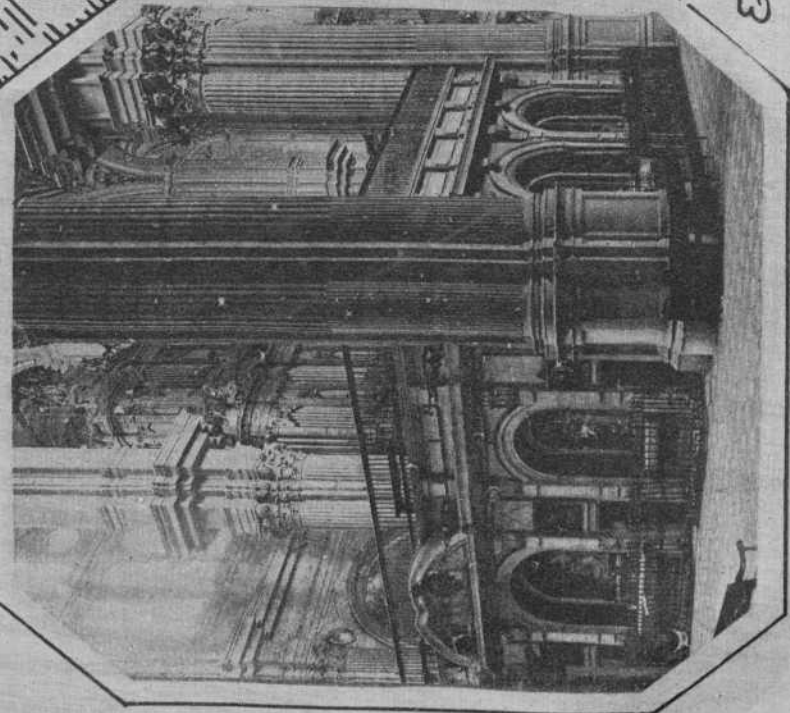


LA CATEDRAL DE MALAGA

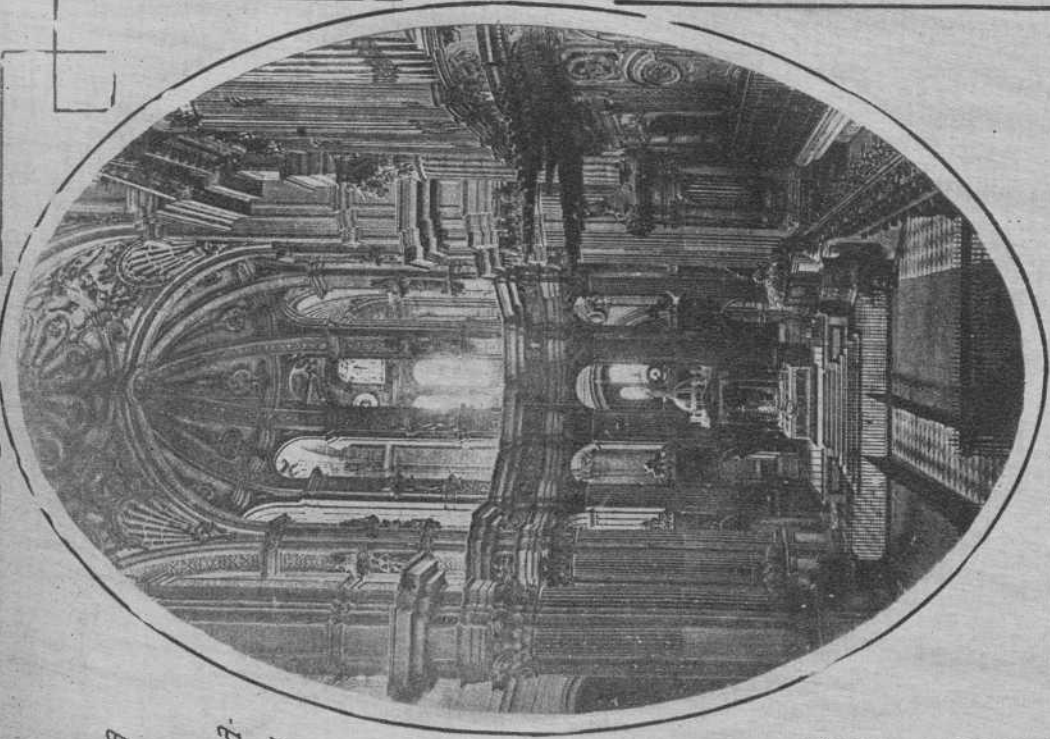
Es considerada la Catedral de Málaga como una de las más preciadas riquezas que el arte y la religión ofrecieron a España. Por su conjunto grandioso y armonioso, y por sus detalles, es objeto de la admiración de cuantos, atraídos por su fama, la visitan.



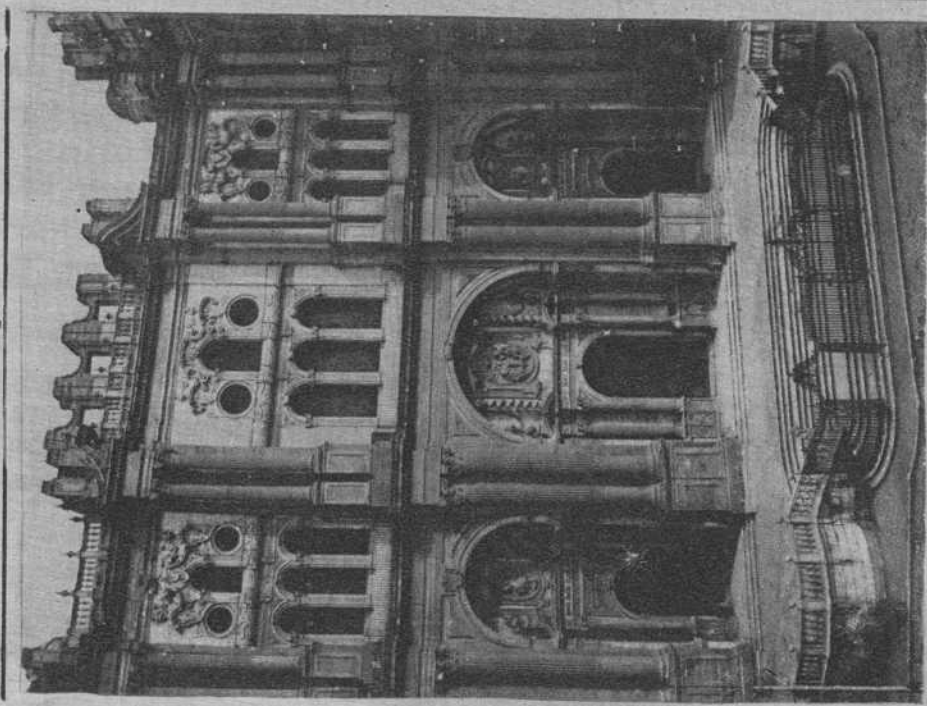
La puerta de las Cadenas.



El trascoro.



El altar mayor.

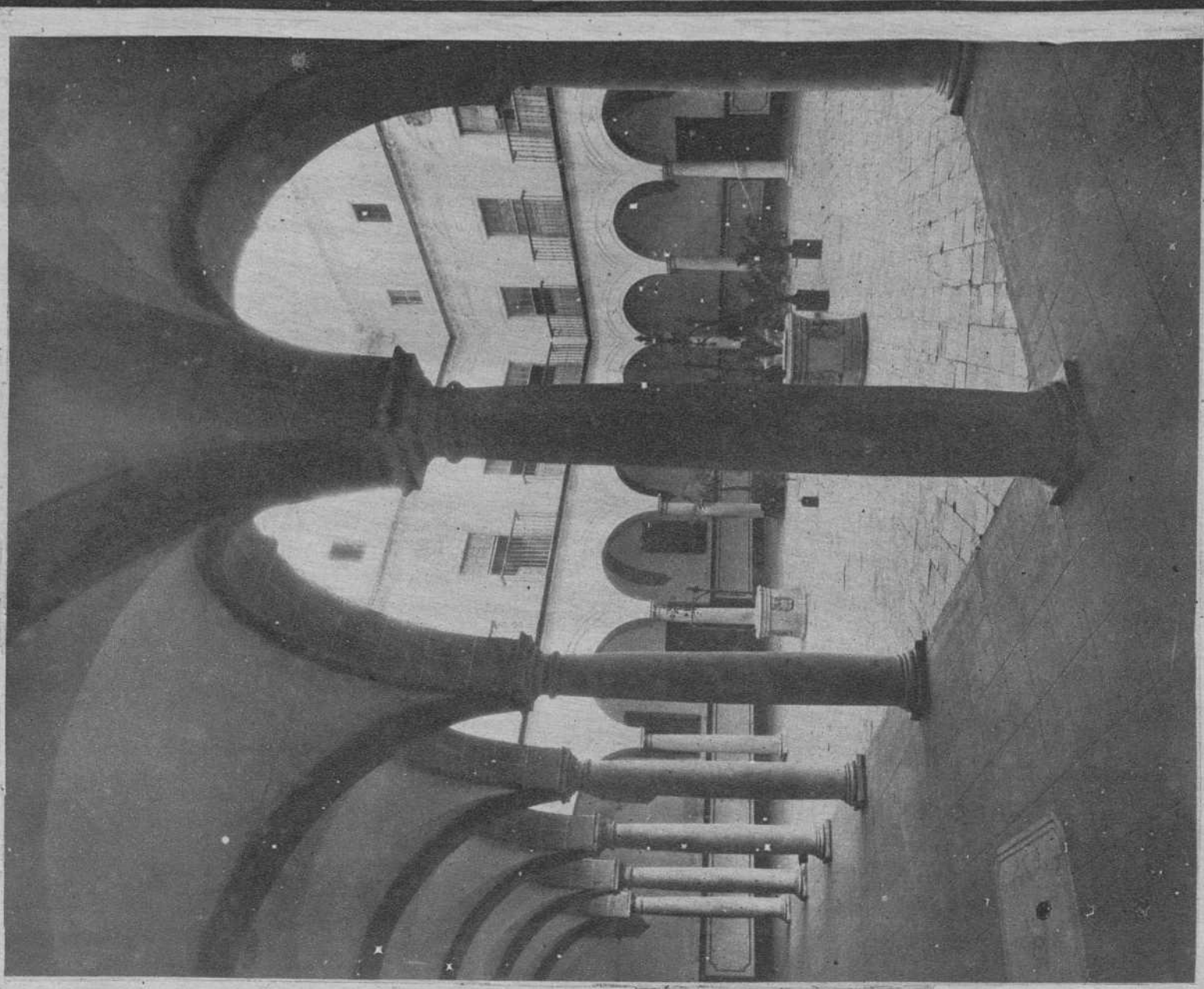


La fachada principal.

NUM
102

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

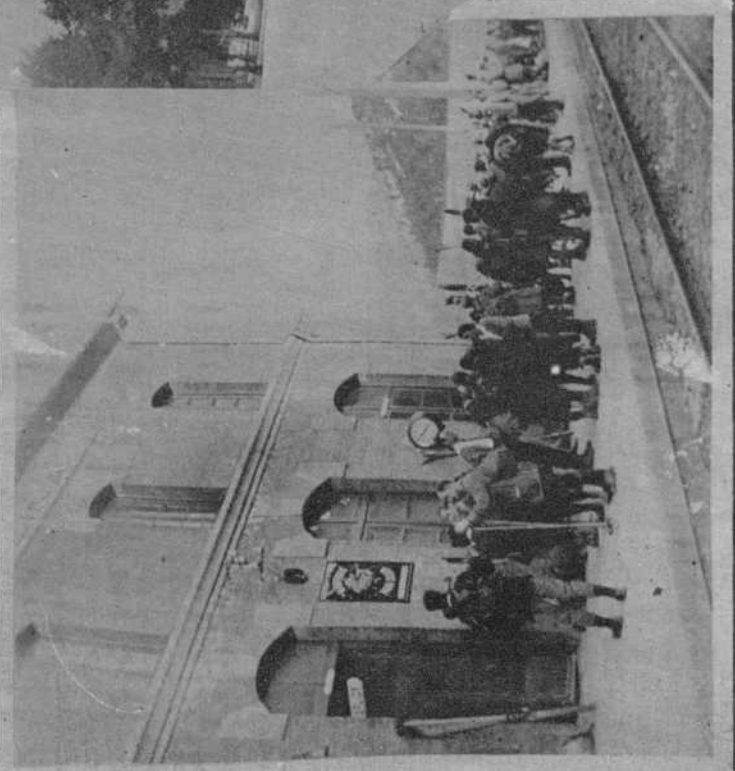
MARZO
23
1928



El patio del Convento de Santo Domingo, en Cadiz, bella obra del siglo XVIII

Foto Mas.

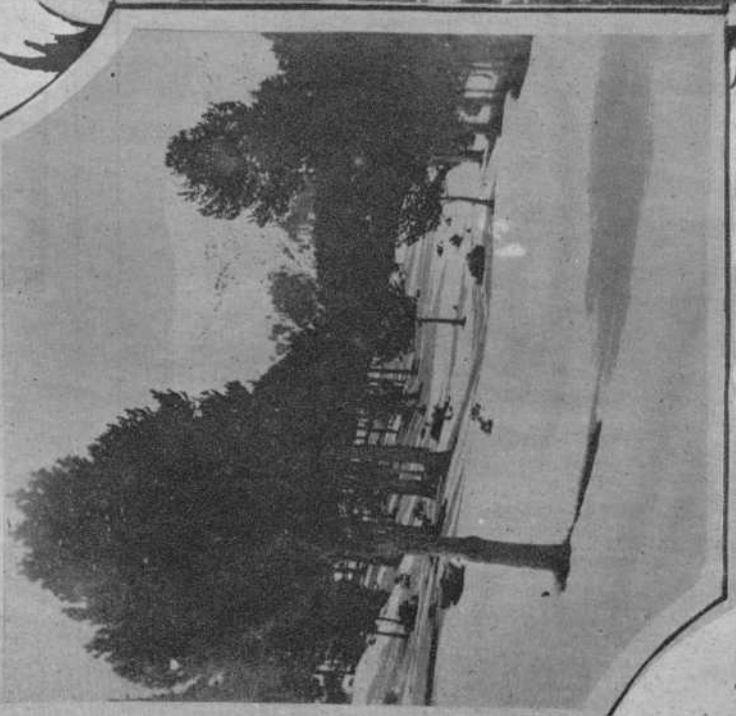
Este invierno, las pistas de La Molina se han visto, como nunca, concurridas.



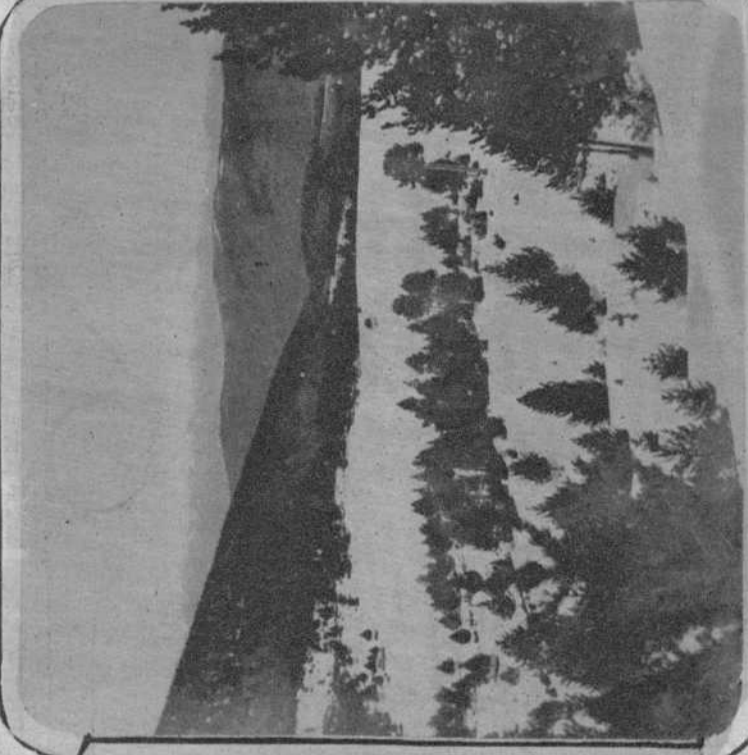
Animado aspecto del arden de la estación de La Molina.



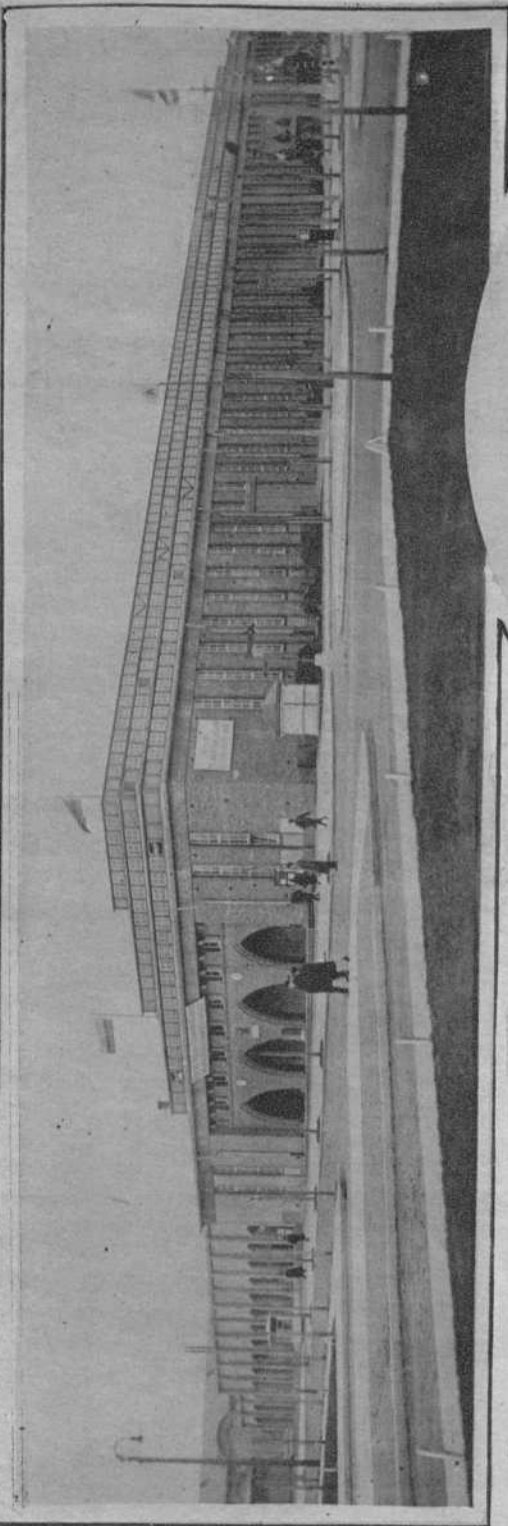
Un momento de la carrera Campeonato de Cataluña de fondo: 20 kilómetros a traves de los bosques, y pistas de Font Canaleta.



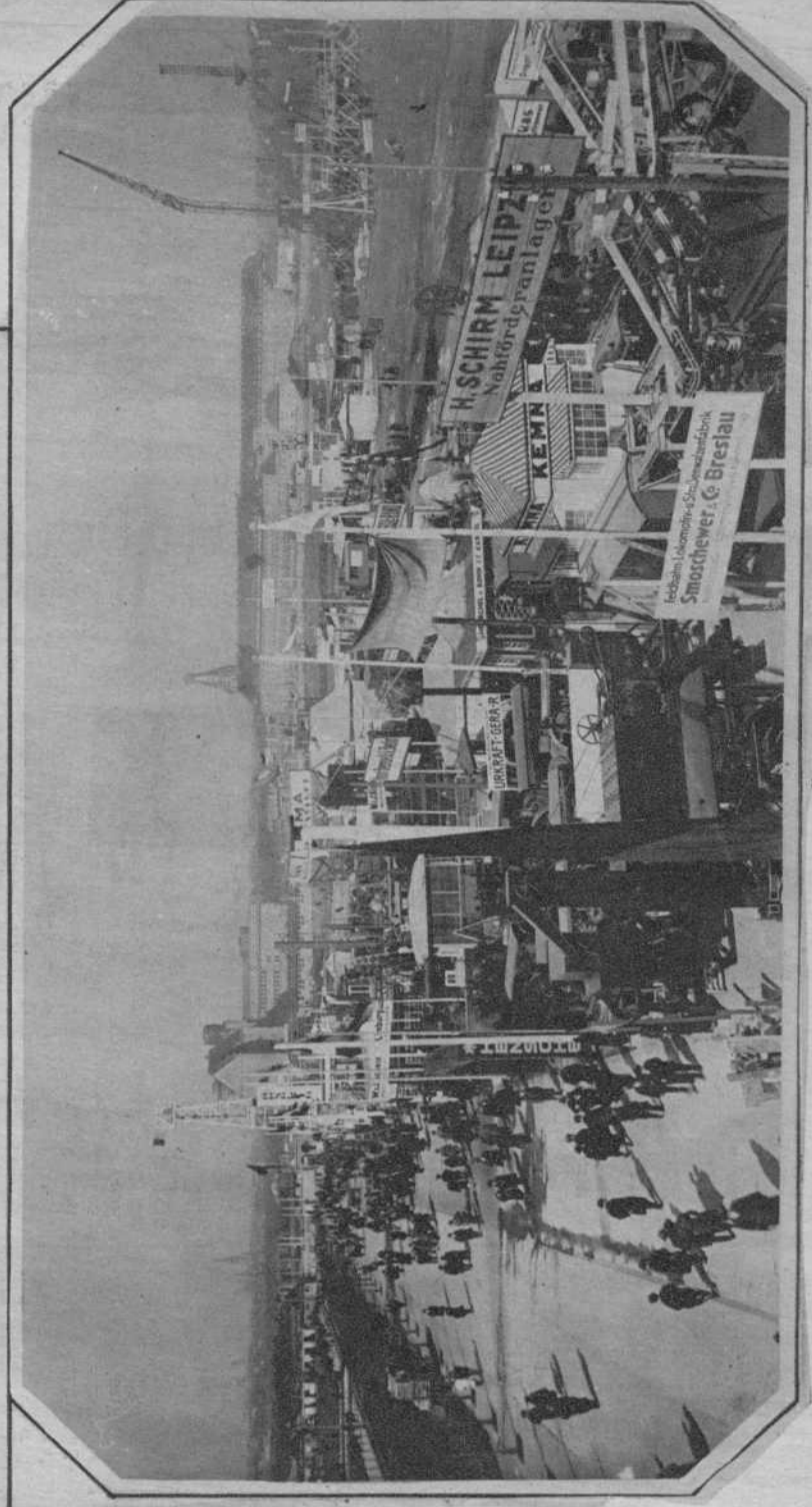
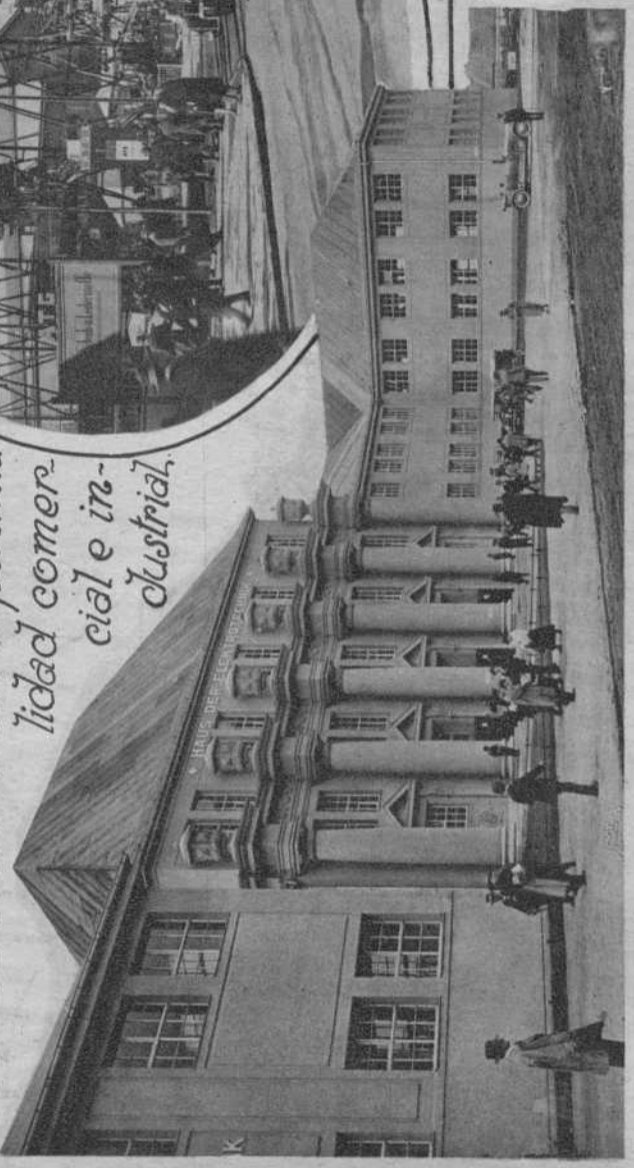
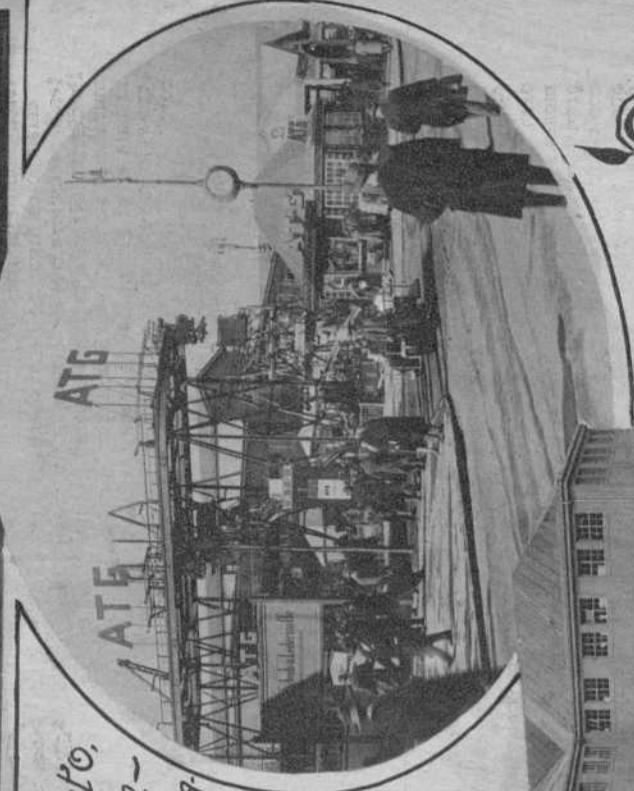
Un detalle pintoresco

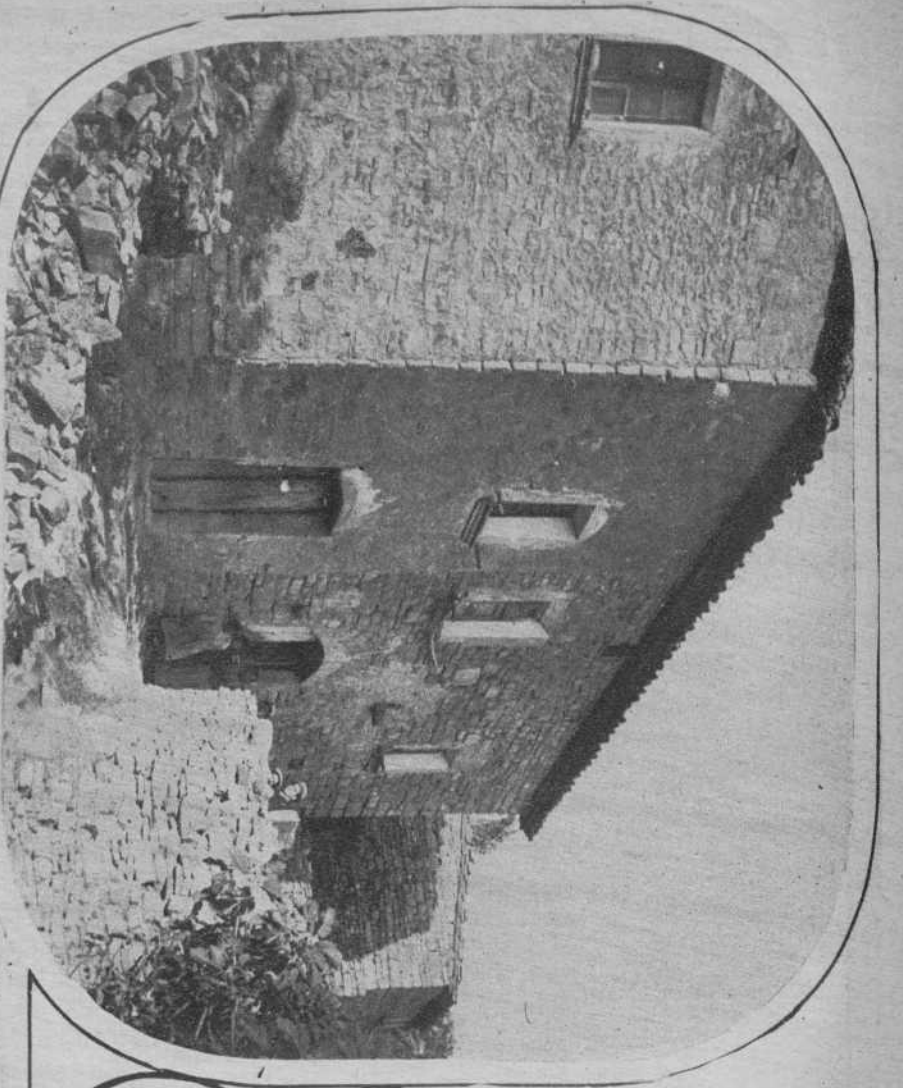


Vista panorámica de una parte de las pistas.

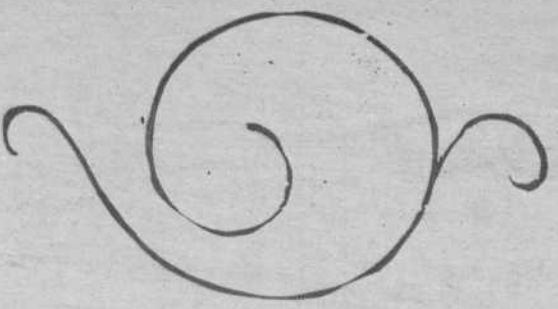


La Feria de Leipzig se ha visto, este año, concurridísima, constituyendo una bella demostración de potencia, actividad comercial e industrial.

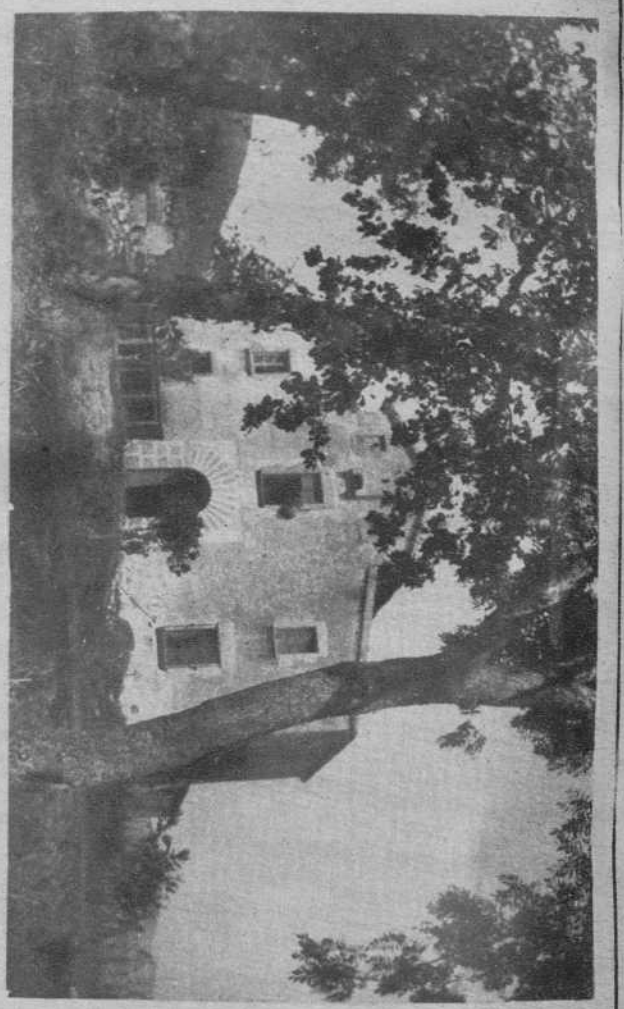
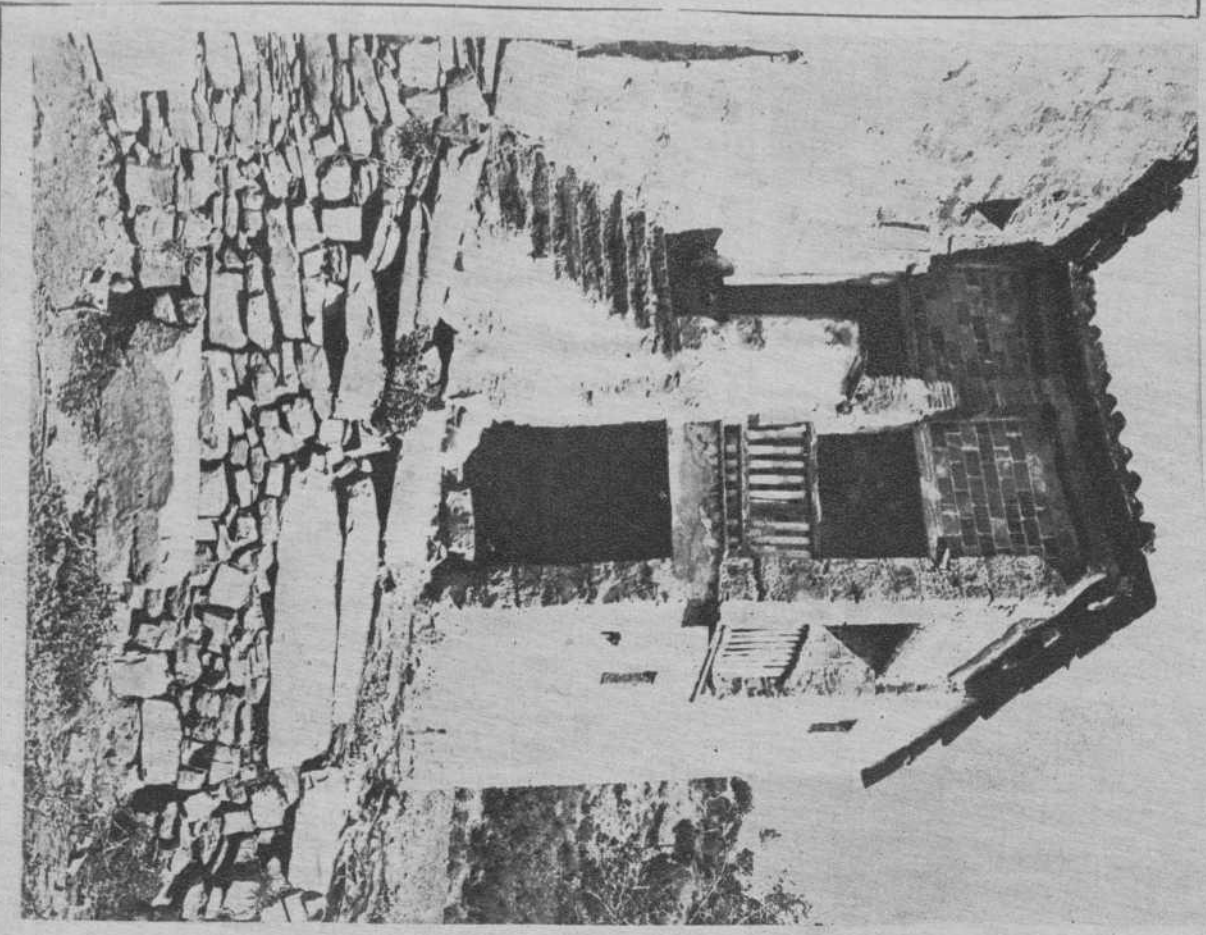




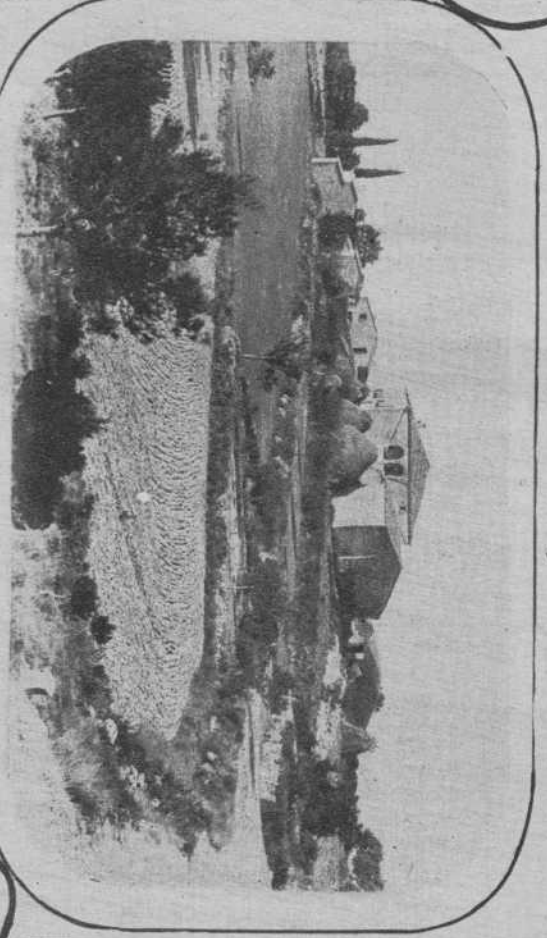
Una masia en
Les Oluges
(Fot. A.M.C.)



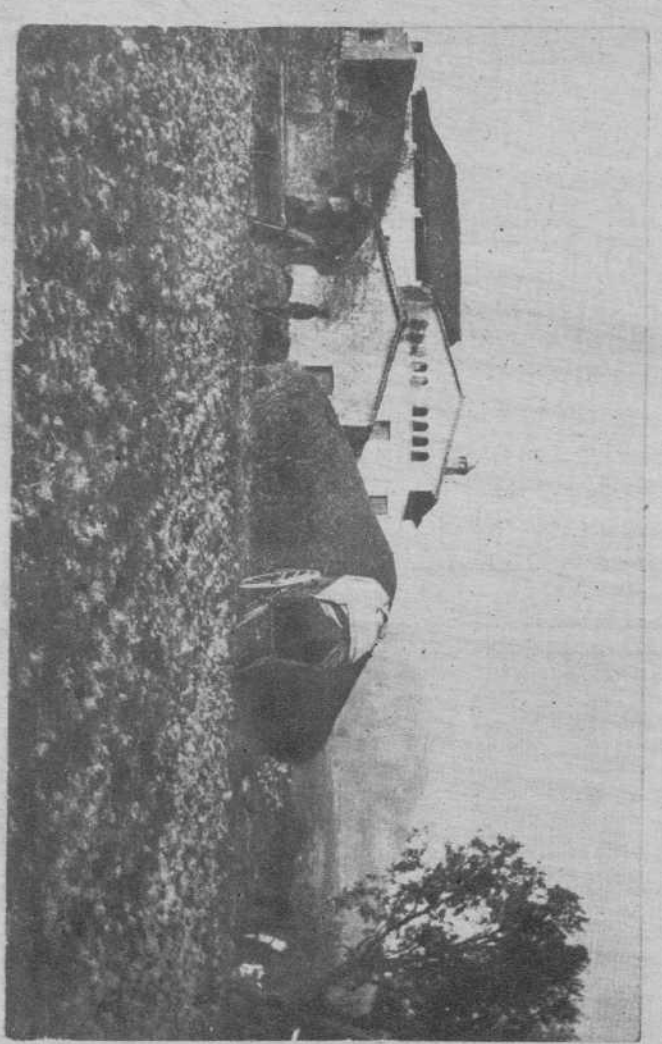
Casa rústica en el
Camino de Tagama
rent.
(Fot. M. J. M.)



Una masia en Argenton²

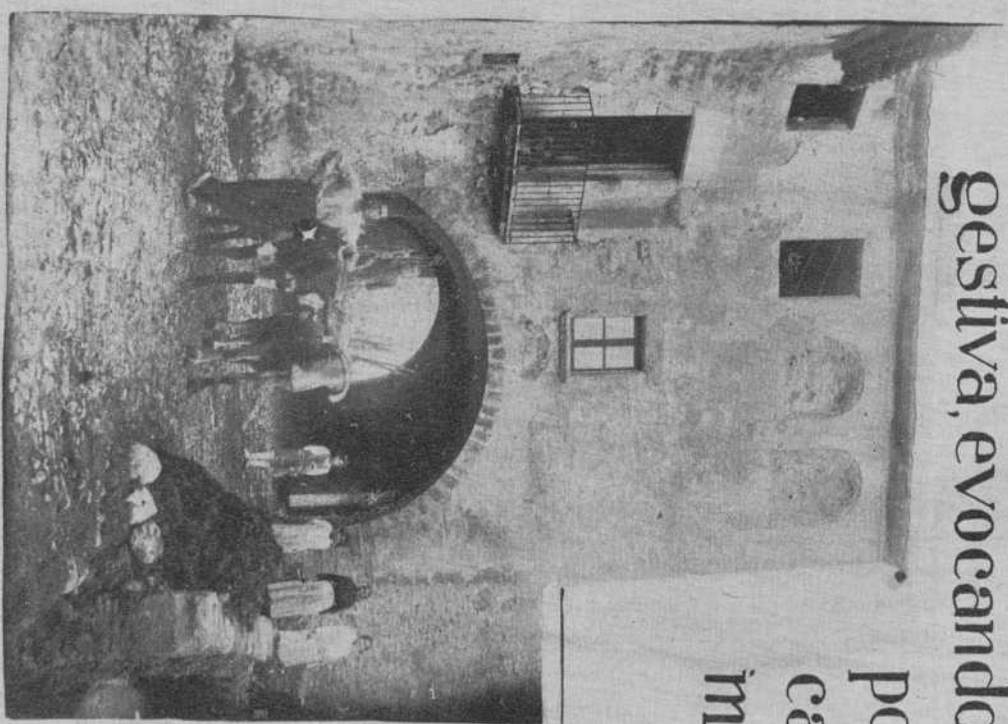


Una masia en Moyá

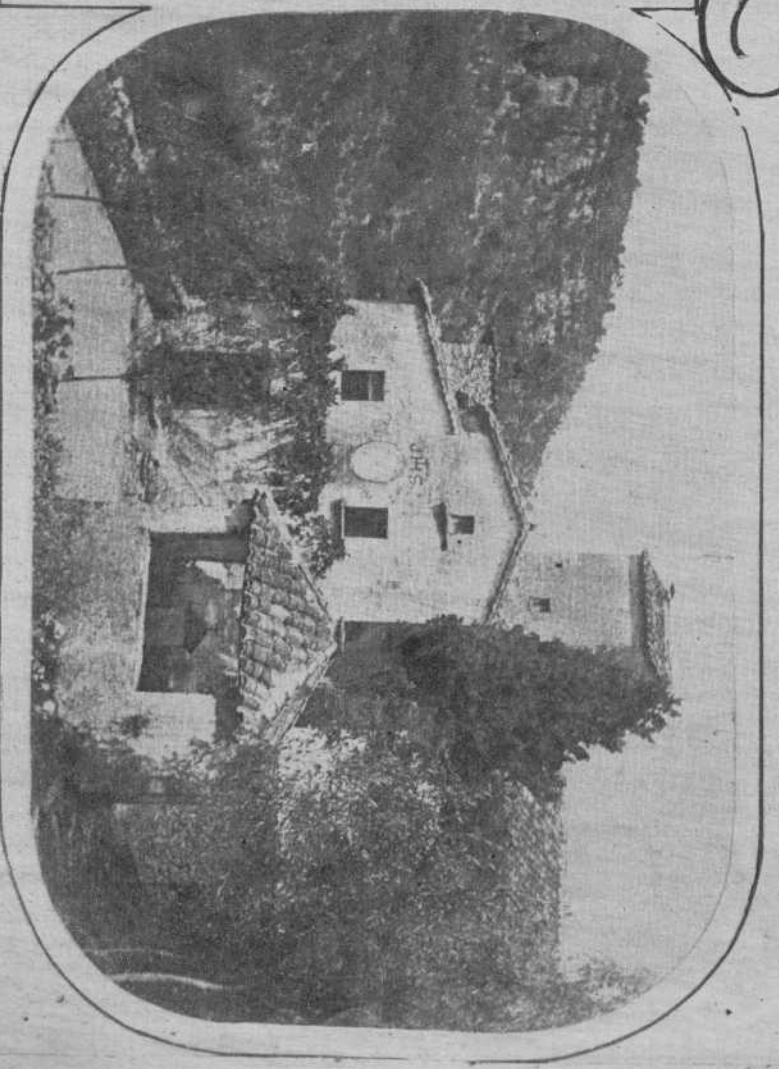


Tipica masia en San Lorenzo próxima a Tarrasa.
(Fot. J. M.)

La típica "masia" catalana ofrece una arquitectura recia y suggestiva, evocando al propio tiempo pasadas épocas de feudalismo y de bucólica paz.



Un "porxo" en
Crespia.
(Fot. V. M.)



La Mora en Arguafreda.

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL EL MURCIELAGO

Los murciélagos pertenecen a la familia de los «Quirópteros», existiendo una gran variedad de especies a cual más curiosa y rara.

Estos mamíferos voladores, son conocidos por los nombres de «rata pinyada» o «ratapena» en catalán y valenciano, siendo al decir de algún naturalista, el más exacto a ninguna otra, puesto que significa «rata peneada o alada», indicando así el carácter más notable de estos grotescos animales, que se distinguen de todos los demás mamíferos.

La característica de los murciélagos son las alas, las membranas que, rodeando su cuerpo y sus miembros, les permiten volar como ningún otro mamífero puede hacerlo. Todos estos animales tienen costumbres nocturnas y esto, unido a su más extravagante facha, ha dado pábulo a que la fantasía popular los considere bichos de mal agüero, compañeros inseparables de brujas y duendes.

Durante el día, los murciélagos están entregados al descanso colgados de cualquier parte con las garras de los pies y envueltos en sus membranas formadas por una capa de piel extraordinariamente fina y sedosa al tacto.

En los países templados, en cuanto se aproxima el invierno retraen a las cuevas o a otros lugares escondidos, y allí pasan los días fríos, la mayor parte del tiempo entregados al sueño.

Este mamífero volador, nace relativamente ciego, pero ciego y sin pelo; la madre lo recoge en una especie de bolsa que forma plegando a medias las alas y el útero, y el pequeño murciélago trepa por el vientre materno hasta el pecho donde se agarra con alas y pies.

Hay especies de murciélagos que se alimentan sólo de frutas y otras substancias vegetales, y otras que se nutren de materias animales, principalmente insectos.

Los murciélagos frugívoros, llamados zorro volátil por tener la cabeza muy parecida a la de un zorrillo, son propios de las regiones etíopica, oriental y australiana, formando a veces grandes bandadas y que constituyen una verdadera calamidad para las plantaciones de frutales.

Algunos naturalistas, describen de estos murciélagos, existentes en la Guinea española, tan notable por su voz ronca y poderoso, como por su enorme hocico, hinchado, truncado anteriormente y provisto de pitones cutáneos, lo que le da un aspecto tan extraño como espantoso.

Las mansiones favoritas de los murciélagos llamados comunas, que tanto abundan en nuestro país y en el Norte de África, son las torres de las iglesias, los tejados de las casas, las criptas abandonadas y las viejas ruinas, en donde se les ve volar, yendo a caza de insectos que son su alimento.

Como hemos dicho al principio, son muchas y variadas las especies de estos animales de tan fea catadura y por lo mismo necesitan un doble espacio del que disponemos, si tuviéramos que describir una a una todas las circunstancias y costumbres.

No obstante, hablaremos aunque muy por encima del vampiro, sobre el cual tantas absurdas leyendas se han inventado. A pesar del nombre terrorífico de este animal, es un murciélago que apenas mide siete centímetros de longitud y abarcando con las alas abiertas una anchura de treinta y tres centímetros, su color es pardo sucio, más o menos fuerte, según la localidad. Su área de esparción es muy extensa, pues se le encuentra desde Tierra Caliente, en Méjico, hasta Chile y el Paraguay, siendo innumerables y muy curiosas las fábulas que sobre este quiróptero y sus costumbres contaban los antiguos viajeros y cronistas de Indias.

El vampiro se alimenta, únicamente, de sangre. Durante la noche, estos animales acuden a los ranchos y posándose sobre el ganado empiezan su sangrienta obra. Con sus afilados dientes, muerden a su víctima cortando como un trocito redondo de piel del tamaño de una erveja; la sa-

DE COMO A VECES PAGAN LOS JUSTOS POR LOS PECADORES



bía comprado... Además, oye, mujer: ¿por qué defiendes tanto a Aurea? ¿No comprendes que cuando yo, que fui su esposo, digo que no fué demasiado buena, mis razones tendrían que ser...

AUREA.—Claro, sí.
ANTONIO.—«Claro, sí», se le dice a un niño para que calle... o a un loco; mira, es verdad, también se le dice a un loco. ¿Pero es que yo soy nada más que un loco?

AUREA.—No, no, Antonio, qué tontería... tú no estás loco.
ANTONIO.—Claro: Como que voy a ver a la novia y la traigo mi regalo de novio: mira, un collar. Un bello collar de rubíes. Acércate. Tal vez no lo veas. Son unas piedras tan transparentes, que nadie más que yo acierta a verlas. Así, como estos rubíes, era de limpia la sangre que derramé aquel día mi corazón... ¿No lo ves tú tampoco? No, no lo ves...

AUREA.—(Sin saber qué decir, pues realmente el collar no existe sino en la imaginación del loco) No... Es decir, sí que lo veo. Lo que tú quieras, Antonio; lo que tú quieras.
ANTONIO.—Lo que yo quiera, no. Lo que es la verdad. La verdad es una: Cuando la verdad deja de ser inmovible y única, los maridos de las mujeres que lucen collares, son encerrados en los manicomios, como cadáveres vivos. Nuestra verdad, Aurea, es que este collar de rubíes que yo te enseñé y que tú no ves, existe. Míralo. ¿Existe?

AUREA.—Sí... claro que existe, tontín... (Señor, señor, tened piedad de mí!)
ANTONIO.—Existe, y voy a rodear con él tu cuello. Ven.
AUREA.—¡No, Antonio, luego! Dejámelo guardar...

ANTONIO.—¿Guardar? Ah, guardar... Para lucirlo sin que tu marido... (pausa) Oye, Aurea: me pasa una extraña cosa esta tarde, como si me flaqueara la memoria: ¿yo soy tu marido, o soy tu novio?

AUREA.—Tú lo eres todo para mí...
ANTONIO.—Bien dicho: ¿Lo ves? Cuando quieres, haces frases bonitas. Ah, palabras, palabras... ¡no te faltan palabras cuando quieres! ¿Estás sola en la casa?

AUREA.—(Temerosa de decir la verdad) No... es decir, sí. Salieron, pero volverán en seguida, los criados...
ANTONIO.—No está bien; no es prudente que una mujer quede sola en una casa que dista más de dos kilómetros de la ciudad... Es decir, Carmela sí habrá quedado contigo... ¿Tienes a Carmela todavía?

AUREA.—Sí, pero marchó también, esta tarde.
ANTONIO.—Tienes suerte con las doncellas, Aurea. Es que las tratas bien, sin duda. A Carmela, la lleagué a conocer yo, ¿verdad?

AUREA.—Claro, hombre.
ANTONIO.—Otra locura. Cuando te pregunto por ella, y sé como se llama, señal de que la había conocido... Conocer, conocer, ¡si vieras que a veces me parece como si no conociera a nadie!... La gente parece gente nueva cada día, aunque se la conozca de siempre.

AUREA.—Es verdad.
ANTONIO.—Es verdad, sí. Andá, ven; quiero yo mismo ponerte el collar.
AUREA.—¿Otra vez, santo Dios? ANTONIO.—Otra vez, sí; ¿pero creías que iba a volverme a marchar con el regalo? Ven.

AUREA.—No, Antonio, me das miedo.
ANTONIO.—¿Miedo? Las mujeres no deben asustarse de sus maridos. Ven. Como marido te lo ordeno; como esposo; como jefe de esta familia que somos tú y yo. Ven. Así, a mi lado.

AUREA.—¡Antonio, Antonio, me haces daño!
ANTONIO.—Mientes. No te hago daño. No te puedo hacer daño. Acerca la garganta. Entre mis manos. Verás que bella estás con el collar nuevo. Verás, verás, ¡que rabie tu marido! Así, bien fuerte...
AUREA.—Antonio... ¡Socorro!... (Se oye luego su jadear, confundido al final con el estertor de la agonía).

ANTONIO.—No chillas. Así, deja que te tape la boca. Así. Ya va saliendo de tu cuello el collar. Mira que rubíes tan limpios. Parece la sangre de mi corazón. Así. Reposate sobre mí, ahora. Dulcemente, dulcemente. (Suena el timbre del teléfono) No hagas caso. No contestes. No quiero que nadie interrumpa la paz de esta tarde, en la que volveremos a querernos tanto. (Vuelve a sonar el teléfono) Déjalos que se desespere. Que llamen. Tú tienes bastante con mi amor; con la sangre de mi sangre, pura como las gotas que parecen los rubíes de tu collar... (De nuevo el teléfono) O si no... contestaré para despedir enhoramala al importuno. (Por teléfono) Diga, diga.

LA VOZ DEL MEDICO DEL MANICOMIO.—(Apremiante) ¿Quién es usted?... ¿quién es usted?
ANTONIO.—(Dulcemente) Yo, doctor: Antonio Guevara. Le he conocido por la voz. ¿Usted a mí, no? ¿Lo que desfigura las voces la distancia?..

EL MEDICO.—(Con ansiedad creciente) Bien, bien, señor Guevara, mucho gusto. Pero, dígame: ¿encontró ahí a su señora?
ANTONIO.—Oh, claro. Está aquí conmigo. Aurea: mira, el doctor que pregunta por tí...
EL MEDICO.—Sí, sí, señor Guevara, tenga la bondad de decirle que se ponga en el aparato. Quiero saludarla.

ANTONIO.—No puede ser. Está dormida. ¡Me dá una pena despertar!... Parece una niña; parece una virgen...
EL MEDICO.—¡Oh, desgraciado! ¿qué ha hecho usted?
ANTONIO.—Parece una virgen... blanca, blanca, blanca, como una virgen... Oh, pero el collar de rubíes se le ha roto, y se desgrana piedra a piedra, gota a gota, por su garganta de mármol, de cera, ¡ida viegen!...

ANTONIO.—Pues no está bien; no es prudente que una mujer quede sola en una casa que dista más de dos kilómetros de la ciudad... Es decir, Carmela sí habrá quedado contigo... ¿Tienes a Carmela todavía?

AUREA.—Sí, pero marchó también, esta tarde.
ANTONIO.—Tienes suerte con las doncellas, Aurea. Es que las tratas bien, sin duda. A Carmela, la lleagué a conocer yo, ¿verdad?

AUREA.—Claro, hombre.
ANTONIO.—Otra locura. Cuando te pregunto por ella, y sé como se llama, señal de que la había conocido... Conocer, conocer, ¡si vieras que a veces me parece como si no conociera a nadie!... La gente parece gente nueva cada día, aunque se la conozca de siempre.

AUREA.—Es verdad.
ANTONIO.—Es verdad, sí. Andá, ven; quiero yo mismo ponerte el collar.
AUREA.—¿Otra vez, santo Dios? ANTONIO.—Otra vez, sí; ¿pero creías que iba a volverme a marchar con el regalo? Ven.

AUREA.—No, Antonio, me das miedo.
ANTONIO.—¿Miedo? Las mujeres no deben asustarse de sus maridos. Ven. Como marido te lo ordeno; como esposo; como jefe de esta familia que somos tú y yo. Ven. Así, a mi lado.

AUREA.—¡Antonio, Antonio, me haces daño!
ANTONIO.—Mientes. No te hago daño. No te puedo hacer daño. Acerca la garganta. Entre mis manos. Verás que bella estás con el collar nuevo. Verás, verás, ¡que rabie tu marido! Así, bien fuerte...
AUREA.—Antonio... ¡Socorro!... (Se oye luego su jadear, confundido al final con el estertor de la agonía).



1828 - 1928

Ibsen y Tolstoy

Por Luis Zulueta

En una lujosa escalinata de un teatro de la capital rusa, todavía bajo el Gobierno de los zares. Varios aristócratas están alta dentro ensayando una obra dramática para representarla en una fiesta de aficionados. Un viejo campesino de gruesa nariz y barbas protuberantes pretende penetrar en la sala alegando humildemente que le han invitado a asistir al ensayo. El portero, con la fatuidad de su dorada librea, mira despectivamente los pobres indumentos y los pies descalzos del campesino. Y como éste insiste en pasar, irritado ya el hombre de la cancela, creyendo que el labriego está ebrio, le golpea bruscamente la mano en la cara y lo derriba de un empujón.

«Mas yo os digo: no resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriese en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra...» murmuraba el anciano, sentándose con la cabeza baja en el último de los escaños. Pero ¿qué es lo que está viendo el irascible Carabero? Ese joven magruto que ahora llega reterido a la función, ¿no se detiene a saludar reverente al pobre campesino y no le hace entrar con ademanes de admirativa deferencia? El asombrado portero debía profundamente el espínazo mientras sostenía con la mano temblorosa su gorra galonada.

León Tolstoy había sido, en efecto, invitado a presenciar la representación. Por cierto que ahora, a su llegada, uno de los noveles actores trata de encarnar un personaje que con dura energía reprende a otro su insolencia. «No, no—interrumpe Tolstoy—, esa escena la sale a usted demasiado fría, demasiado. Yo creo que un hombre ofendido, atropellado, hablaría de este otro modo...». Y, entre la general sorpresa, el gran escritor se puso a declamar el papel con tal fuego, con tal coraje mal contenido, que los ojos relampagueaban de sincero furor y sus manos crispadas hacían retroceder miedo al personaje rival.

Una fuerte impresión, quizás por algún tiempo reprimida, tiende a descargarse, provocando, aunque sea de modo indirecto, la correspondiente reacción en el alma humana. La reacción del conde Tolstoy, antiguo oficial del Imperio, en quien el ascético ceremonial de filósofo libremente evangélico se fundía el torso robusto del veterano de Sebastopol, había sido terrible bajo la ficción de la farsa escénica. Mas, al cabo, había permanecido fiel a su máxima cristiana: «Ojalá que fué dicho a los antiguos: Ojalá que y diésteis por dientes; mas yo os digo: No resistáis al mal...».

Hacia la misma época, fines del siglo XIX, se estrenó en Madrid un drama de Ibsen, «El enemigo del pueblo». Lo había vertido a un excelente castellano aquel inolvidable «Zeda» que sabía unir al cultivo devoto de nuestros clásicos el amor a las novisimas corrientes de la literatura nórdica. Pero Ibsen no gustó. Más aún: Ibsen fue violentamente rechazado. No recordan los viejos una «pandureta» semejante a la que provocó aquí el estreno del drama hispano.

Lo peor es que en casi todas partes, en diversas naciones, en su propia tierra escandinava, había sufrido Ibsen análogos fracasos. Ese mismo «Enemigo del pueblo» hubo de publicarse en libro antes de que ninguna Compañía se decidiera a llevarlo a la escena. Su protagonista, aquel doctor que sacrifica las conveniencias utilitarias de sus convicciones en aras de la verdad, parecía un ente extraño. Su individualismo patético desconcertaba. «La unión es la fuerza de los débiles...». Pero el fuerte es más fuerte si está solo. ¡Tuvo Ibsen que poner a prue-

EVOCACION DE GRAUS

—000—

EL LEON DEL LLANO Y LAS AGUILAS DE LA CUMBRE



Las de puertas de ojivas. Acullá la casa de Torquemada, sombrero edito de granito. Y frontera, con un aspecto más placido y seráfico, la casa donde murió el beato Pedro Cerdán, el amigo de San Vicente Ferrer.

Finada ya la larga rúa, infíanse se vericuetos que suben hacia la Peña y son más propios para trisqueo de cabras que no para el humano paso. Al promedío de la enorme roca, halláse el templo como incurtado en ella. Es un monumento extraño. Su doble arcada tiene la bella sencillez de las construcciones del siglo XII. En los comienzos de la galería baja, uno de los arcos dá acceso a un tosco balcón. Es la pre-dicadera de San Vicente.

Y al final de esa galería está la puerta que da entrada al recinto, especie de plaza de armas, donde se halla la iglesia. En la clave del arco aparece inscrito aquel versículo del Cantar de los Cantares: «Paloma mía, en los agujeros de la peña». A un lado, el pasaje del Deuteronomio, que ofrece benéficas lluvias y privadas cosechas a quienes obedez-

can al Señor. Y al otro, éste donoso y pío recordatorio:

Por cierto que mal harta el que por aquí pasase y por pereza dejase de decir: Ave María.

Luego esta sencilla leyenda:
Per vía coeli, porta manes.

La iglesia, que es ojival, muestra sin embargo una portada con todas las elegancias del Renacimiento. En la puerta del templo, vése clavada, inquietante y misteriosa, pregonando algo trágico, la planta de la pata de un oso. Aquella zarpa recuerda que en aquel mismo lugar, un abad, nuevo Pavía, murió des- trizado por la fiera. Y la fiera, dueña y señora del templo y monasterio, durante unos momentos, es algo extraordinariamente poético.

El beato Pedro Cerdán y el obispo don Esteban de Asmit, fundador de la iglesia, yacen entre sus muros. Pero ni estos enterramientos, ni la misma cripta, son tan interesantes como el paisaje divisado desde la columnata o desde la ventana del capellán Mosen Félix, que vivía allí y podía decir que vestía la camisa del hombre feliz. En su aposento había un viejo clavicordio, que el buen anciano gustaba de tañer.

Desde el prócer ventanal, contempló la comarca. Bajo la Peña misma, allí donde el Esva y el Yscibena hacen boda de sus aguas, está el campo que vió morir al rey don Ramiro en el tumulto de una batalla. Allí enfrente, bajo las torcas, hay un pueblo que se llama Porta Hispaniae. Más allá, Capella, guarda un retablo de Juan de Borgia. Y acá y acullá múltiples pueblecillos coronando los alcóres. Y el horizonte cerrado por montes altísimos, vestidos de blanco.

De frente se ven montañas de Cataluña, y mirando hacia el norte, se siente la impresión del Pirineo majestoso. A un lado, las Tres Sororas; al otro, la gallardía del Turbón, en cuya cumbre celebra sus aquelarres la liturgia sabática. Detrás del Turbón, perdida entre los campos, sin sendero que allá guíe, hay una casa de encanto. Nadie osa llegar hasta ella. Es la casa de Faldas.

El bravo país de Ribagorza me mostraba tarde su belleza fuerte y grande. Desde la roca, donde las águilas anidan, mientras dos santos faldes sifaban sobre la torre del santuario, miré una vez más hacia aquella casa del camino de Barbas, donde estaba postrado, casi moribundo, el león, grande y fuerte como la tierra que le rodeaba.

PEDRO DE REPIDE



JOAQUÍN COSTA

TEATRE INTIM

TEATRE LIRICH

Director: ADRIÀ GUAL

VIII Sessió. 20 de Març de 1900

..... a las 9 de la nit

Primera representació privada del drama de família, en tres actes, d'ENRICH IBSEN.

GENGANGERE

(ESPECTRES)

Traducció de J. Casas-Carbó y Pompeu Fabra

Se facilitan localitats en els llocs següents: Imprempta L'AVENÇ, Ronda de l'Universitat, 20; casa BOADA, Rambla dels Estudis, 10; Llibreria francesa CORNE, Rambla del Mig, 8 y 10 (al costat del Liceu); llibreria DURAN Y BORI, Fernando VII, 33; y en el TEATRE LIRICH.



ba, en su soledad espiritual, la propia forma, en su soledad espiritual, la propia forma, en su soledad espiritual, la propia forma...

Refiere el conde Prozor que, una vez, vió a Ibsen andar por la calle, lento e igualmente distraído, tan completamente asistido de cuanto le rodeaba que el conde, su amigo, no se atrevió a saludarle. «Era un hombre de otro mundo, de otra raza, que nada parecía tener de común con la multitud...». Entre sus contemporáneos, Ibsen, en realidad, fué un solitario.

Este año celebramos el centenario de Ibsen y el de Tolstoy. Ambos nacieron en 1828. El primero el 20 de marzo; y el segundo, el 9 de septiembre. En un mismo año vieron la luz estos dos pensadores artistas, las más grandes figuras de las letras de la segunda mitad del siglo XIX. ¿Qué sentimientos nostálgicos acerca de ellos, al conmemorar ahora, en 1928, su primer centenario?

Ibsen y Tolstoy, nacidos ambos en países de frío y de nieve; el uno al lado de los fiordos de Tula, son, en tierras de hielo, almas de fuego. «Brand» es probablemente, el mejor drama de Ibsen, y «Brand» significa llama. «Resurrección» es, acaso, la mejor novela de Tolstoy, y al leer «Resurrección» sentimos brillar en nuestro espíritu una aurora encendida. Tolstoy, bajo su dulzura de converso, escondía un corazón ardiente y pasional. Ibsen, en su violencia de luchador, envenenaba temerariamente de artista.

Ahora, en el centenario de estos dos gigantes anclados, el mundo corona de laure-

les su memoria, pero no puede decir que se aproxima a las ideas que ellos sembraron en sus libros.

¿Y qué decir del místico pacifismo de Tolstoy? ¿Quería contestar al mal con el bien; a la violencia, con la fraternidad. Predicaba el amor como una religión, portaba «Dios es Amor». Entre tanto, en su patria y en el mundo, crecían los odios, se encontraban los rencores, jugaban las amenazas. Se esforzó en trabajar con sus manos como un pobre y vivir como un miserable. A los ochenta y dos años, huyó de su hogar, para andar, quizás, por los caminos, entre el pueblo, como un mendigo, como un asceta. El mundo, entre tanto, marchaba hacia una época de lujo, de comodidad, de dinero, de progreso material y bienestar material. Murio pocos días después, en ruta, cobijándose enterrado en una estación de ferrocarril. No se habían cumplido aún los cuatro años después de la muerte del apóstol de la paz cuando estallaba la guerra europea...

Los primeros centenarios de los natalicios no tienen todavía la remota seriedad de las conmemoraciones póstumas. Resurren aún los ecos de las disonancias que los hombres geniales levantaron. En cambio, ya en los centenarios de la muerte queda sólo el respeto, la austeridad, la consagración de la Historia. ¿Cómo andará el mundo, cuál será el estado de cultura, como vivirá la sociedad en las fechas en que se celebran el centenario de la muerte de Ibsen y el de Tolstoy?

—O hasta pasado mañana.

Y luego, tras una pausa.

—Hasta mañana—exclamó despus viendo que era forzoso que partiera.

—Porque allí—agregaba—hay gente con la cual nada quiero yo.

—Lo necesario es que lo cumpla usted.

De repente me preguntaba por mis excursiones artísticas y arqueológicas por Graus, y me hablaba de la Peña y del obispo Asmit. Ganado le pregunté si algo quería para la gente de Madrid, me dijo que para qué gente.

—Este verano—proseguí yo—vendré también a Graus, para que vayamos por las tardes a Huerta Cerrada.

El respondía: —Lo necesario es que lo cumpla usted.

De repente me preguntaba por mis excursiones artísticas y arqueológicas por Graus, y me hablaba de la Peña y del obispo Asmit. Ganado le pregunté si algo quería para la gente de Madrid, me dijo que para qué gente.

—Este verano—proseguí yo—vendré también a Graus, para que vayamos por las tardes a Huerta Cerrada.

El respondía: —Lo necesario es que lo cumpla usted.

Si los periodistas no tuviéramos esa admirable aversión al trabajo que tanto nos desacredita a los ojos de las personas acomodadas, a buen seguro que a estas horas ya estaría hecha una encuesta que me atreveré a calificar de importantísima. Se trata tan sólo de ir a visitar a las personas más importantes del país y preguntarles, sencillamente: «¿Por qué lleva usted bigote y barba?»

Pero los periodistas somos perezosos y esa complicada encuesta quedará inédita. Es de lamentar, tanto más, cuando está bien probado que la mayoría de primeras figuras llevan bigote y barba. Sería curioso conocer los motivos que inducen a estos buenos señores a mantenerse, nada menos que en el año 1928, sus adiciones capilares; de paso, sería probable que descubriríamos la clave de una duda que desde hace largo tiempo nos tortura: ¿Son las barbas el producto de la importancia de los hombres o, al contrario, la importancia de los hombres un producto de sus barbas?

¡Oh, señores, no sonrían, que la cosa no es tan banal como a primera vista parece! La barba, en los tiempos que estamos atravesando, ha perdido ya todo su matiz decorativo para convertirse en un enigma psicológico. Los barbudos varones podrán disculpar su inclinación con mil excusas de orden doméstico o artístico, pero, ¿quién nos asegura que tras las frondosidades capilares de nuestros conciudadanos no se esconde un enigma tenebroso? No hay que fiarse mucho de las risueñas barbas de Rusiñol, ni de las de Valentín y Camp, tan patriarcales, ni de las de Pedro Rahola, tan agresivas. Cuando el mismo señor Cambó, después de todas sus incursiones por los campos del germanismo, del americanismo y del helénismo no se ha decidido aún a quitarse del todo su pequeña barba—cabe señalar, en honor de la verdad, unas tentativas de expulsión lamentablemente fracasadas—cuando no se ha decidido a eso, repetimos, por algo será. Recuerdese que todas las revoluciones, tanto las de orden político como artístico, han

nacido de unas barbas reunidas en torno de una mesa. Claro que si tras de las barbas no hubiesen existido sus respectivos parásitos, no habría pasado gran cosa, pero de todos modos, el síntoma es altamente significativo y vale la pena de señalarlo. Cuando el hecho de llevar barbas era tan sólo un vicio que no tenía otra importancia que la de estar muy generalizado, el asunto no ofrecía ese aspecto melodramático que tiene hoy en día. Es muy difícil dar crédito a las explicaciones de carácter senti-

FANTASIAS

EL SENTIDO

TRAGICO DE

LAS BARBAS

mental con que los varones de 1928 pretenden justificar sus barbas. Si les escucháis, os hablarán de un arraigo más o menos romántico hacia la moda de su juventud. Pero si les preguntáis a qué obedecen que de todos hayan tenido la veleidad de conservar intacta la barba, ¡ah, señores! entonces todo el artificio se les viene abajo. De entre los pelos saldrán cuatro sonidos vagos con los que querrán disimular su turbación.

La barba, mirada desde cualquier punto de vista, tanto físico como moral, tiene siempre un aspecto sospechoso. Nadie nos sacará de la cabeza, genialmente disimulado, entre todas las barbas del país. Yo he observado a seducidos señores barbudos saludarse de una manera muy intencionada. Otras veces he visto alguno

de esos caballeros acariarse la parte no visible de la barba con el dorso—fíjense bien, precisamente «el dorso»—de la mano. De otro señor, noté que se había quitado la barba precisamente el mismo día que terminó la guerra europea!

¿Qué significa todo eso? Es difícil, muy difícil de precisar. De todas maneras, tengo la sensación de que nos encontramos ante un gran misterio, uno de esos misterios que nunca dejarán de serlo. No obstante, ya hemos lanzado la primera piedra de esa duda atroz. Una piedra puede constituir una revelación para algún lector que poseyera ingenuamente datos preciosos sobre el asunto. ¡Qué dicha, si esas líneas, escritas con pulso nervioso, pudieran constituir la aurora de una gran verdad! ¡Qué sensación, la de descubrir un día a todas las barbas de Barcelona reunidas en uno de sus turbios conciliábulos!

Por cuenta propia he realizado ya algunas pesquisas. El resultado no ha sido otro que el de afirmarme en la convicción que nos encontramos ante un caso turbio e indescifrable. Anteayer, por ejemplo, iba de paseo con un antiguo conocido, barbudo consiguiente. Hablábamos de cosas banales, sin ningún interés. De improviso, creyendo cogerle desprevenido, le lancé, a bocajarro, esta terminante interrogación:

—Vamos a ver: ¿por qué lleva usted bigote y barba?

El hombre palideció visiblemente tras la negrura de sus pelos. Insinuó una sonrisa extravagante y...

—Yo no llevo barba—contestó con gran tranquilidad.

—¿Cómo, que no la lleva usted?—repusimos asombrados.

—No, yo no llevo barba—insistió—; quien la lleva, es mi hermano...

Se deslizo suavemente de nuestro lado y, un instante después, veíamos su negra barba oscilar gravemente al compás de la trepidación de un tranvía de la línea 16.

Aquel hombre, amigos lectores, aquel hombre ¿no tiene ningún hermano?

JOSE MARIA PLANAS



Cómo se quedó Don Remigio sin mentada

HISTORIETA SIN PALABRAS

EL CVENTO DEL DOMINGO

El Collar de Rubies

(Boeeto de Gran Guignol)

Por Domingo de Buenmayor

Ilustraciones de Bosch



LA VOZ.—Aquí es el Manicomio del doctor Harrison. Soy el médico de guardia...

AUREA.—(Idem) ¡Oh, por Dios!... ¿Le ocurre algo a mi esposo?... Háble, por favor...

LA VOZ.—Calma, calma, señora. A don Antonio no le ocurre nada... Es decir...

AUREA.—(Suplicante) ¿Es decir qué?... Hábleme, dígamelo todo; soy fuerte... sabré ser fuerte...

LA VOZ.—No, si le repito que no hay motivo de grave alarma. Sencillamente, querida señora: su esposo se ha escapado del Manicomio.

AUREA.—(Con miedo, que irá acentuándose a lo largo de la escena) ¡Oh!...

LA VOZ.—Yo voy a ser el primer perjudicado con la desaparición de su esposo, pero no me he creído con derecho a ocultarla a la familia del enfermo...

AUREA.—Oh, claro, ha hecho usted bien; ha hecho usted bien. Pero, ¿no tiene usted una idea de a dónde podrá haberse dirigido mi pobre Antonio?

LA VOZ.—Sí, lo sé. Por ello he querido también prevenirla. Su esposo, seguramente se ha dirigido ahí...

AUREA.—¡Ah!... LA VOZ.—Sí, a su casa. No creo equivocarme... Así pues, sería conveniente que su esposo no la encon-

trase ahí cuando llegara...; tardará aún bastante rato; el suficiente para que usted... ¿Está usted sola?

AUREA.—Sí, estoy sola; precisamente hoy dí permiso a la servidumbre, pues tenía intención de pasar la tarde en casa de mi madre... Pero, me asusta usted; ¿qué puedo temer por estar sola? ¿Es que Antonio está peor? ¿Es que...?

LA VOZ.—No, no, nada de eso. La he alarmado por expresarme mal. Quise decir que sería conveniente que su esposo no la encontrara ahí, por que así la esperará. Tome usted un automóvil y venga aquí; regresaremos juntos y usted sabrá convencerle... ir yo solo, sería contraproducente, a buen seguro... ¿La espero?

AUREA.—Sí, sí, voy en seguida. Hasta ahora...

LA VOZ.—A los pies de usted, señora. No tarde. (Suena el timbre del teléfono, en señal de haber terminado la conversación)

AUREA.—(Que al volver la cabeza ha visto a Antonio. Horrorizada) ¡Oh, Antonio!

ANTONIO.—Sí, Antonio, tu Antonio.

AUREA.—Mi Antonio... ANTONIO.—¿Cuanto tiempo sin vernos, verdad?... No me esperarías tú esta tarde...

AUREA.—(Intentando sobreponerse a la temerosa emoción que la domina) Yo siempre te he esperado, mi Antonio. Yo nunca he creído que tú...

ANTONIO.—¿Que estuviera loco?... Bah... sí que lo estuve. Tal vez ahora aún no esté curado todavía. No creas, hicisteis bien en en-

(1) El personaje «La Voz del Médico del Manicomio», es en el teatro plástico irrepresentable. Este ensayo de «Gran Guignol», fué escrito para la T. S. H., siendo estrenado ante el micrófono de E. A. J. 13 (Radio Catalana). (N. del A.)

centarme... Ahá me han tratado muy bien... me han curado casi del todo.

AUREA.—Del todo, sí, Antonio: curado del todo. Y ahora, conmigo para siempre; no nos separaremos ya nunca...

ANTONIO.—(Como revelando un grave secreto) Oh, no... eso no puede ser. Yo tengo que regresar al Maricónio. ¿Qué diría el doctor Harrison, que dirían todos sus ayudantes—tan buenos él y ellos para conmigo—, si así lo hiciera? Yo no puedo corresponder de tal manera a sus deseos. Debo volver, a curarme del todo.

AUREA.—A mi lado, mi Antonio, no volverías a enfermarte.

ANTONIO.—Cierto. Tu bondad podrá tanto, que no volveré a enfermarme de nuevo. Pero eso, cuando esté sano del todo. Cuando vuelva con el alma nueva... Mi visita de hoy—ya ves que ironía en un enfermo—, es visita de médico. «Hace tiempo que no veo a mi mujercita» —me dije— «Voy a sorprenderla».

AUREA.—Y no sabes cuanto te agradeceré que te hayas acordado de mí.

ANTONIO.—Y puede ser, puede ser que, en efecto, me lo agradecerás. Tú no has sido del todo mala conmigo, al fin y al cabo...

AUREA.—Oh, Antonio: quieres halagarme y me reprochas... ANTONIO.—Es cierto. Perdóname... Ya te dije que no estoy curado del todo... Y se conoce que entre las facultades que aún no he recobrado, está la de la galantería. ¡Galantear!.. Bella cosa: mediante ella, pueden engañarse lindamente los hombres y las mujeres.

AUREA.—Antonio! ANTONIO.—No te dije que tú y yo, sino, simplemente, los hombres y las mujeres... Además, ¡aunque hubiera dicho tú y yo!.. El engaño, no es tan feo como sostienen los tratadistas de moral: A mí, Aurea, me hubiera gustado estar engañado eternamente...

AUREA.—¡El recuerdo del engaño, atormenta más que el engaño mismo!..

ANTONIO.—Todavía podemos ser felices; coincidos, coincidos: el engaño, no atormenta... Si el engaño hubiera sido eterno, nuestra vida habría transcurrido como un noviazgo inacabable...

AUREA.—¿Y por qué no ha de serlo?

ANTONIO.—Es verdad: ¡por qué no ha de serlo? Lo será. Mira, Aurea: me parece que esta escapada de hoy, ha sido como del novio que va a ver a su novia, sin que ella lo espere; y a robarla un beso... ¡tú que irías besarme hoy, Aurea!

AUREA.—¿Por qué no? Soy tu esposa...

ANTONIO.—Sí, murió la pobreza. La hicimos una mortaja de rosas, y la enterramos en una nube.

Desde entonces es más rubio el sol... ¿Tú no recuerdas que mi esposa era rubia? Fíjate: ¡Aurea, se llamaba!.. (pausa, durante la que se escuchan sollozos calladamente a Aurea) Aurea se llamaba, sí, como tú. Pero no era buena; no era muy buena. Tenía demasiados collares de perlas, demasiados collares de brillantes; en



B - J - K - G

ANTONIO.—¡Esposal!.. No, nena, yo no quisiera que me besaras como esposa... Me parecería recibir el beso de una muerta... Yo soy tu novio que te roba un beso, y que cuando esté curado del todo volveré para casarse contigo. Mi esposa ha muerto. ¡Tú habías olvidado que había tiempo que murió mi esposa!

AUREA.—(Dios mío!) Antonio...

su cuello se posaban todas las estrellas de la noche, todas las lágrimas de las vírgenes...

AUREA.—Oh, no hables así, Antonio. Aurea era muy buena, y tú la querías mucho y la llenabas de joyas...

ANTONIO.—La llenaba de joyas, sí, pero ella no tenía bastante, y aún lució un nuevo collar que yo no ha-

La perseverancia

Existía una vez un principito asiático, el cual en su vida había sufrido ininidad de reveses, lo cual le hizo caer casi en la miseria. Falto de energías para la lucha, se abandonó, y terminó por retirarse a una pequeña casita que le quedaba de todos sus dominios anteriores.

La nueva vivienda de este principito se hallaba situada en medio del campo y ello le proporcionaba una soledad que le producía gran contento. Todos sus entusiasmos consistían en salir a observar la naturaleza, mientras pensaba en su desastrosa situación.

Un día se hallaba como siempre, pensando en su infortunio, cuando de pronto acertó a ver a una hormiga que lentamente caminaba llevando en su boca un grano de trigo. El principito la empujó y la hizo caer. El grano desprendido de la boca del pobre animal rodó por el suelo. Y el principito se quedó asombrado al ver que la hormiguita, lejos de desistir de su empeño, cogía nuevamente el grano ed trigo y emprendía su camino, como si nada le hubiera sucedido.

Quiso probar si aquello era una casualidad y volvió a hacerla caer. Y la operación de la hormiga se repitió. El principito, no contento con esta prueba, insistió hasta veinte veces y otras tantas volvió el grano a la boca de su portadora. Por fin la dejó y la hormiguita logró llegar a su hogar con el grano.

El principito, que era un hombre muy inteligente, recogió la lección y se dijo: «¡Imitemos a la hormiga. Nosotros también podremos vencer con perseverancia. Y desde aquel día se puso a trabajar y a vencerlo en la lucha.»

SALPICADURAS

Las charcales debieron ser suprimidas, dice Pepito.

—¿Por qué?, le pregunta su papá. —Porque no contienen nada bueno. Ladrónes... asesinos... * * *

—Mi padre es un gran músico. Con su arte llena las salas de concierto. —Más lo es el mío. Cuando toca, todo el mundo deja sus ocupaciones. —¿Y qué toca? —La campana de la fábrica, a methodia. * * *

—Fíjate, Pepito: este dedo se llama anular porque es el que alguna vez se introduce en la oreja. Y este otro, cómo se llama? —Narcular. * * *

—Carlitos ¡has visto una bolsa que estaba encima de la mesa! —¿Bra una bolsita verdad? —Sí. —¿Con un lazo blanco? —Sí. —¿Que contenía bombones? —Sí. —Pues... no la he visto. * * *

El papá: —¿Qué tal las cuentas, hijo mío? El hijo: —Mira, papá... étes han puesto un cero. * * *

—Mamá: ¿es cierto que todos los animales existían ya en tiempos de Adán y Eva? —Sí, hijo mío. —Pues, entonces... ¿de qué se alimentaba la pollita de los trajes? * * *

La mosca instruída

En no recuerdo qué tienda Sita en la calle de Atocha Había un papel untado. No sé bien con qué ponzoña. Su aspecto y disposición. A las moscas convidaba. Sobre él a posarse todas. Pero todo aquello era Extremidad traidora.

Pues cuantas iban al uníto. Tantas caían redondas. Una de ellas, que volaba De golosinas ansiosa. Viólo y quiso dirigirse A chapurrarlo con su trompa. Cuando fíjando su vista En unas letras muy gordas. Vio que decían: «Papel Para dar muerte a las moscas» «¡Tíbel!—exclamó— ¡Y yo creía. Por su apariencia engañosa, Que se podía comer. Lo que ha matado a estas otras. Por fortuna me he librado De una muerte desastrosa. Que si no... ¡Dios me socorra! Desde ahora en adelante Voy a aplicarme, no es broma, A estridular más cada día. Que el saber a nadie estorba. Hechas estas reflexiones. Tan justas y filosóficas. Maritímense en Gramática. En Física y en Historia. * * *

En el campo: —Mamá, mira qué carneros tan bonitos. —Son puercos, hijita. —¡Puercos...! ¡Y por qué...? ¿Qué han hecho? * * *



—¿No tenéis rto, niños? —¿Para qué señoras?



Un oso persigue al cazador. ¿Dónde se halla el animal?

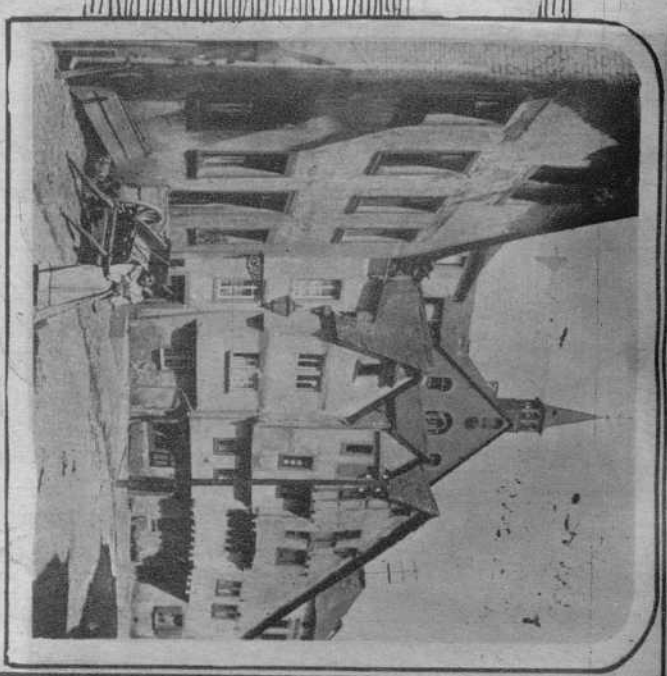


¡VAYA UNA FLAUTA!

Las bellas construcciones de Alemania.



El Ayuntamiento de Solberg.



Una construcción original en Berlín.



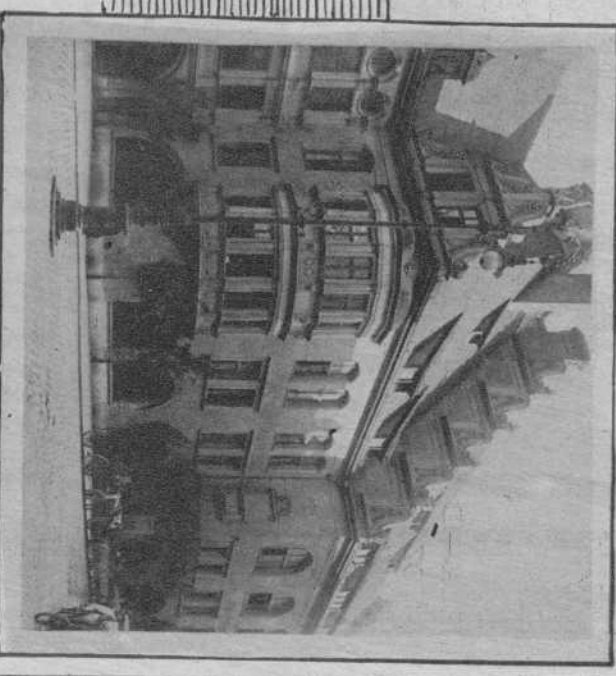
El Römer casa comunal de Frankfurt A.M.



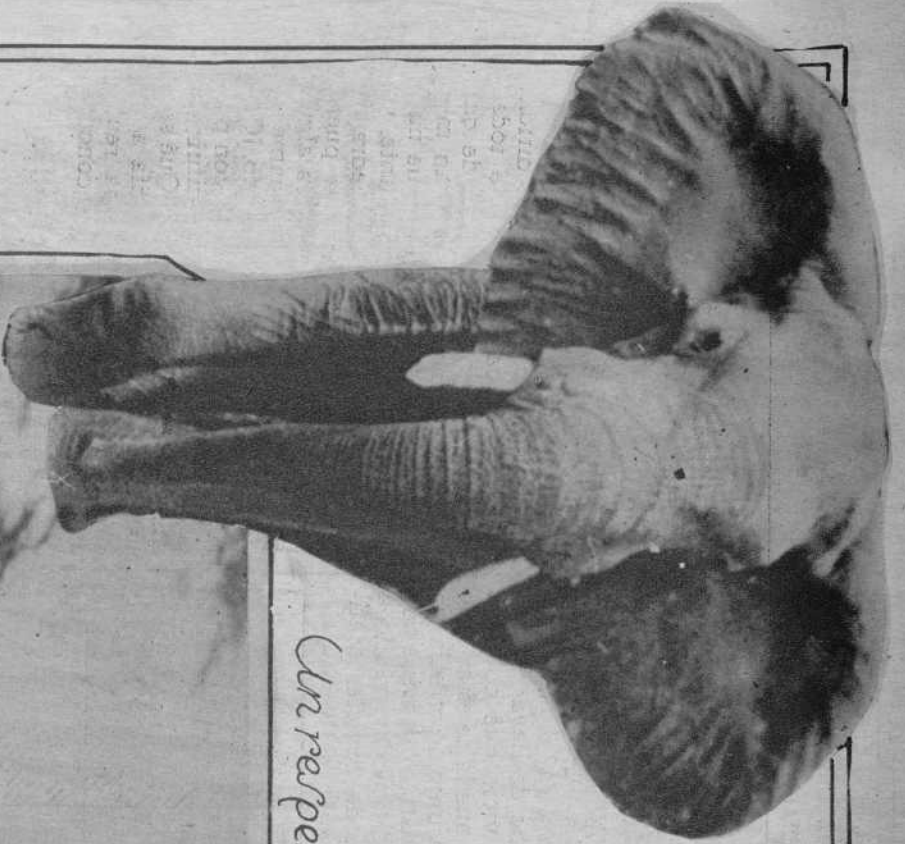
Una casa típica en Nuremberg.



La casa de Lutero, en Eisenach.



El Palacio de la Cerveza, en Munich.



Un respetable elefante.

El explorador Peatterren, en su expedición al África Central ha conseguido, con su objetivo, sorprender a los animales de las selvas en su intimidad.



Una familia de leones.



Las girafas inquietas y recelosas.